

Arquitecturas del Futuro Anterior: Las escuelas de Puerto Rico de Principios del Siglo XX.

Presentación de la actividad del 27 de marzo de 2025.

Casa Kai de Arte y Tecnología, Antigua Escuela Ruiz Belvis, Parada 16, Santurce

Dr. Jorge L Lizardi Pollock

Archivo de Arquitectura y Construcción de la Escuela de Arquitectura,
Universidad de Puerto Rico,



Los historiadores con frecuencia afirman ser inmunes a la nostalgia. Ciertamente, el oficio de historiar no persigue filiaciones ni lamenta las pérdidas. Historiar no es extrañar porque el pasado es una especie de país extranjero al que no se puede regresar, solo es posible entender sus enlaces con el presente, afirmaba el investigador David Lowenthal. En todo caso la historia, como oficio, intenta comprender el cambio en el tiempo de ese complejo sujeto de estudio que es el ser humano. No obstante, para la nostalgia, que proviene del griego *nostos*, regresar a un lugar, y de *algia*, añoranza- no existen vacunas. Y con esto seguramente coincide más de uno: de ella nacen algunas

de las mejores preguntas que hacemos sobre el pasado, nos induce a explorar ese "país extranjero" para entender mejor su relación con el que no lo es. El presente.

El semestre pasado finalizamos la organización de los expedientes que contienen el estudio de las escuelas públicas de principios de siglo XX que realizó en 1986 un grupo llamado Colación -Colaboración de Arquitectos en Pro de la Ciudad y su Reconstrucción- fundado por los arquitectos Jorge Rigau, Héctor Arce y Rafael Pumarada. Muchas fueron las preguntas que nacieron de la revisión de los dibujos a mano alzada, fotos, notas de archivos y documentos que contiene cada cartapacio. Las preguntas tienen que ver precisamente con el *nostos*, de la conciencia que tenemos de la imposibilidad de regresar a los tiempos y lugares en los que fueron erigidos estos planteles por más que lo anhelemos. ¿Qué nos dicen sus diversas ubicaciones y pluralidad de características arquitectónicas sobre el devenir de la sociedad?

El conjunto de estas escuelas, en especial las ya abandonadas y en venta, lucen como un paisaje de ilusiones perdidas. Pero fueron lo contrario a tal paisaje en un país donde los bohíos o casas de madera modestas dominaban el paisaje de los pueblos y el campo. ¿Cómo descubrir lo que significaron para las comunidades donde se erigieron, para sus estudiantes, maestros, juntas escolares y para sus diseñadores? ¿Qué motivos hay tras sus perfiles, con frecuencia monumentales, en un país mayormente rural, en donde la memoria de la ocupación militar norteamericana estaba fresca y el colonialismo con sus afanes ambivalentes -oportunidad para todos, pero asimilación a su nueva cultura- era un asunto de todos los días? ¿Qué nos dicen estas arquitecturas sobre el modo en el que perfilaban los estadounidenses el futuro de un territorio ocupado? ¿Cuáles, en contraste, fueron los objetivos de las autoridades de municipios que hipotecaron sus finanzas para construir espacios que desplazaban en su imagen y escala a las alcaldías y las iglesias?

Ante el cierre de escuelas, la disminución de la matrícula escolar y los recortes en el presupuesto a las instituciones públicas de enseñanza es fácil perder de perspectiva la complejidad y las paradojas del proceso de creación de estos espacios para formar ciudadanos. Sus características y escalas cambiaron porque no fueron ni son lineales los

tránsitos de las identidades, ni prístino el concepto mismo de ciudadanía en un territorio no incorporado a los Estados Unidos y de pertenencias ambivalentes que llamamos patria. La escuela José M Cintrón construida en 1905 al margen del pueblo de Yabucoa, por ejemplo, ocupa un lugar y ostenta unos rasgos coloniales españoles que la distancia de la imagen que nos ofrece la José Julián Acosta en San Juan, justo en el kilómetro cero. Esta última, con apariencia de "misión californiana" y creada en el 1907 sobre la huella de las demolidas murallas, representa el tajante gesto de sustitución iconográfica del mesianismo progresista estadounidense con el que justificaron la colonización de la Isla. Del mismo modo, quebraron la escala y aún impresionan las fachadas y pórticos de las escuelas Ponce High y la Central Superior de Santurce, levantadas una década más tarde sobre estructuras coloniales españolas, pero en esta ocasión por juntas de instrucción integradas por criollos. Como en otros países latinoamericanos, invocan sueños de Francia aquellas diseñadas por Carlos y Rafael del Valle Zeno en la década de 1920, que, como la Segundo Ruiz Belvis, acogía a los estudiantes de comunidades obreras como Tras Talleres. Incluso, transgreden y recomponen lúdicamente los cánones clásicos aquellos planteles concebidos por Rafael Carmoega, primer puertorriqueño en ocupar la dirección de obras públicas del Departamento del Interior. Más adelante apuntalaron el optimismo en el medio de los trances de la década de las 1930 fachadas como la conceptuada por Joseph O'Kelly para la Escuela de Artes y Oficios en la calle Norte de Río Piedras; o parecen interpelar un futuro cósmico los diseños de Pedro Méndez en el centro urbano de Caguas. ¿Cómo explicar estas obras, lugares y transformaciones?

Ahora bien, estas no son las únicas preguntas que el proceso de organizar la colección generó. También nos preguntamos ¿por qué el grupo Colación estimó en 1986 que las escuelas creadas en esas cuatro primeras décadas del siglo XX merecían ser documentadas y registradas como heredades culturales? ¿Qué inquietudes nacidas de su contexto histórico y teorías sobre la relación entre las memorias colectivas y la arquitectura lo instigaron a hacerlo? ¿Las presencias de estas obras se entremezclaron con el pasado urbano y rural heredado del siglo XIX creando una identidad urbana híbrida o abrieron las puertas a otras concepciones de la vida? ¿Qué les revelaban estas

arquitecturas escolares sobre los reemplazos simbólicos o resistencias que se operan al interior de cambiantes imaginarios de futuro?

Los arquitectos e historiadores como Jorge Rigau, Héctor Arce, Andrés Mignucci, Aníbal Sepúlveda, Silvia Álvarez Curbelo y Enrique Vivoni Farage, cuyas voces despuntaron en las últimas dos décadas del siglo XX, problematizaron, democratizaron y ampliaron lo que entendemos por "patrimonio" al intentar dar cuenta de interrogantes que no han perdido su relevancia. De no haberlo hecho, hubiésemos perdido mucho más de lo que hemos ya irremediablemente arruinamos. Fue en 1986, de hecho, que Vivoni Farage comenzó a dar forma al Archivo de Arquitectura y Construcción de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Puerto Rico en donde se encuentran depositados estos documentos de las escuelas de principio de siglo. AACUPR, como le conocemos, fue creado para evitar que planos, fotos, mapas, dibujos, estudios, correspondencia y memoriales de construcción, entre millones de documentos, se descompusieran o echaran como basura. Es un acervo único en el Caribe, que enfrenta a diario retos de escasez de recursos, de un clima hostil a la preservación del papel, tanto como de los edificios. Pero sin las batallas por salvaguardar sus acervos, se reducirían las oportunidades que tenemos para entender, no solo la fe, laberintos identitarios y prácticas con frecuencia paradójicas de la educación pública que encontraron sus escenarios en estas escuelas. AACUPR es un monumental universo para la investigación de las inquietudes que nos causan los espacios que habitamos: de los paisajes de las centrales en desusos y los "caseríos, de mansiones y condominios, de urbanizaciones de clase media y comunidades, de hoteles de lujo y aeropuertos, en fin, de lo que preservamos en pie, de lo que demolimos y lo que soñamos construir pero nunca erigimos.

La exhibición de recursos de AACUPR que presentamos no pretende dar contestaciones sobre las arquitecturas escolares de principios del siglo XX o de las otras que componen el paisaje isleño. El objetivo de esta actividad es más bien otro: promover aún más preguntas sobre los significados del patrimonio e invitarlos a explorar un archivo en donde podemos encontrar respuestas a las preguntas que surgen de nuestros modos de habitar y de pensar. El patrimonio arquitectónico, sin duda, es frágil en tanto no se estudia y se resignifica para ésta y las próximas generaciones.

Por esto y mucho más quiero agradecer a a Raul Aponte, a Yanissmary Franqui, Carlos Ayala, y al resto del equipo de Casa Kai, que pusieron a nuestra disposición los recursos y el espacio cuidadosamente restaurado de la Escuela Segundo Ruiz Belvis. Valga aclarar que el edificio fue diseñada originalmente por Carlos del Valle Zeno y compañía en 1923 y que acogió por décadas -y lo seguirá haciendo- a los niños de las comunidades de trabajadores que lo rodean. Los documentos de esta escuela están depositados, de hecho, en el AACUPR y su existencia fue clave para el proceso de restauración. De ahí que, el marco de esta actividad sea es tan importante para pensar en el futuro. Habitar esta escuela es tan importante como las charlas y las imágenes de los paneles. Y llena de esperanza saber que ésta y otras escuelas como la Pedro G. Goyco, convertida en un taller de artistas y músicos, dan cátedra de como podrían repensarse estos lugares para que nos trasciendan y amplien su impacto en la sociedad.

Aclaro que, si bien soy el responsable de los textos de la exhibición, los corazones, imaginación y manos que dieron forma a esta pertenecen a los estudiantes que laboran como internos y asistentes de investigación de AACUPR. Fernando Hernández Soto y Sergio García, internos que el proyecto Rutgers-Puerto Rico Archival Collaboration (PRAC) auspicia en AACUPR, apoyaron en la organización, descripción y selección de los documentos que emplearíamos para la actividad. Fernando Hernández también diseñó los paneles de la exhibición con la diligente asistencia e ideas de la incansable estudiante asistente de investigación Naomi Romero. Las correcciones de textos, ediciones y logística de la producción la ha capitaneado Miguel Angel Mercado, otro de nuestros estudiantes asistentes, con la ayuda de Damián Cárdenas, que ahora ocupa la posición que antes tuvo la señora Andrea Fleites, quien diera el primer impulso a este proyecto. Todos estos estudiantes, no hay duda, pusieron toda la pasión de la que fueron capaces, hasta en los más pequeños detalles.

Debo destacar la importancia de los esfuerzos de Elena García Orozco, Madeline Ortiz y Luis Raúl Rodríguez. No son solo el pivote de AACUPR sino la fortuna de este o cualquier otro director que asuma el timón de un archivo imprescindible para el estudio de la ciudad y la arquitectura. Además, no quiero perder la oportunidad de reconocer el

apoyo de la Decana de la Escuela de Arquitectura, Dra. Anna Georas Santos, a quien agradezco la confianza y el compromiso que a mostrado para que AACUPR trascienda los tiempos.

Sobre los dos conferenciantes que ofrecerán sus visiones sobre esta historia, podrían decirse muchísimas cosas pero, primero que nada, que generosamente han sacado tiempo en sus cargadas agendas para ampliar lo que los paneles no pueden decir. Me enorgullece también decir que ambos fueron mis maestros: Jorge Rigau, que me enseñó lo que antes no podía saber: la arquitectura es todo un universo de expresiones culturales al que le caben tantas preguntas como a cualquier otro fenómeno cultural. Silvia Álvarez Curbelo me inició en el oficio de historiar a los 21 años y me ha demostrado una y otra vez que sin investigación rigurosa no hay preguntas que se sostengan ni se producen las historias que necesitamos.

Silvia Álvarez Curbelo nos ofrecerá la charla "Una doble construcción: La escuela pública en Puerto Rico en las primeras décadas del siglo 20". Es oriunda de Ponce, Puerto Rico, doctora en Historia y Catedrática Emérita de la Facultad de Comunicación e Información de la Universidad de Puerto Rico. Se especializa en historia cultural y en el análisis del discurso político. Entre sus publicaciones se encuentran: *Ilusión de Francia: arquitectura y afrancesamiento en Puerto Rico* (1997); *Hispanofilia: Arquitectura y vida en Puerto Rico* (1998); *Un país del porvenir: el discurso de la modernidad en Puerto Rico (Siglo XIX)* (2001); *Frente a la torre: Ensayos del centenario de la Universidad de Puerto Rico, 1903-2003* (2005); *De vuelta a la ciudad: San Juan de Puerto Rico 1997-2001* (2011); *Tiempos Binarios: La Guerra Fría desde Puerto Rico y el Caribe* (2017) y *A la estación de Ponce: Ensayos sobre Puerto Rico* (2022).

Jorge Rigau, nos ofrecerá la conferencia titulada "Lo que aprendí en la escuela: Investigar para echar de menos". Es arquitecto e historiador de la arquitectura del Caribe Hispano. Obtuvo su título en la Universidad de Cornell y una maestría en historia de la Universidad de Puerto Rico. Sus proyectos, escritos y pedagogía han sido objeto de reconocimientos y premios en y fuera del país. Recientemente terminó la restauración de la Iglesia de San José en Viejo San Juan, el teatro de la Escuela Superior

Central de Santurce y labora ahora en la restauración del Arsenal de la Marina en La Puntilla y el Faro de Punta Tuna, en Maunabo. Realiza tareas afines para la Plaza Pedro Arzuaga Beraza en el Centro Médico y La Rambla, en Lares. Decano fundador de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, Rigau es autor de libros, artículos y columnas periodísticas en las que aborda desvelos contemporáneos respecto al arte, el patrimonio construido y la actividad cultural en Puerto Rico.

